

Sombras de Jerusalén

(Impresiones de Viaje)

—• Por José A. Rodríguez Feo •—



A bordo del expreso del Cairo, jueves, día 4.

Estamos en ruta a Jerusalén. Me acompaña en este excitante viaje mi amigo Jorge Rojo. Al fin voy a realizar mi más querido deseo. Veré a Jerusalén, la Ciudad Sagrada, ¡la Ciudad de Dios! Visitaré la iglesia del Santo Sepulcro, donde permaneció enterrado el cuerpo de Cristo.

Siempre que he leído descripciones de este hermoso templo, me he sentido impresionado, sobre todo, por su inmensa nave de cuya bóveda penden miles de objetos y banderas, dejados allí por los peregrinos que afluyen anualmente al sagrado templo. Veré el Monte de los Olivos y caminaré por las mismas calles por donde Jesús pasó tan a menudo.

—Jorge, ¿cuándo llegamos a Jerusalén? —pregunté repentinamente a mi amigo.

—Mañana a las siete —respondió éste con voz lejana.

Quizás él esté soñando también con la Ciudad de Dios.

Viernes 5

Llegamos a Jerusalén a las siete, esta mañana. Tan pronto como pisé la tierra sagrada, mi corazón saltó de alegría. Mi alma se llenó de una emoción indescriptible, que nunca antes había sentido en mi vida.

—André, André —me dijo Jorge, despertándome de mi sueño—, dice este oficial inglés que debemos ser registrados antes de abandonar la estación.

—Por supuesto... ciertamente —respondí con rapidez viendo a un hombre vestido con brillante uniforme parado delante de mí. Fuimos registrados cuidadosamente por el oficial que, mientras lo hacía, nos daba toda clase de satisfacciones como si fuéramos personas de importancia. Cuando terminó su registro nos explicó brevemente.

—Lo siento, señores, pero los árabes atacaron anoche a Bethpage y debemos inspeccionar a todos los pasajeros. Podrían...

—Comprendo perfectamente —asentí con prontitud.

—Creo que ustedes encontrarán tranquilo el Hotel Jordán —replicó el oficial con amable sonrisa.

Después abandonamos la estación.

Efectivamente, encontramos el Hotel Jordán tal como nuestro oficial nos lo había dicho, en completa tranquilidad. Además, el administrador nos informó a nuestra llegada que el hotel estaba situado en la zona segura de la ciudad. Por la tarde, cuando nos disponíamos a visitar el Santo Sepulcro, recibimos una nota del cónsul británico advirtiéndonos que permaneciéramos en nuestro hotel porque se habían formado disturbios en los barrios musulmanes. A pesar de la prudente advertencia. Jorge y yo dejamos el hotel.

Nos dirigimos a la Puerta Vieja, por la cual pasa la carretera principal a Bethpage, y allí nos encontramos con un amenazador espectáculo. Se veían, apilados hasta ocho pies de altura, muchos sacos de arena, detrás de los cuales, a una distancia de cuarenta pies una de otra, las ametralladoras asomaban sus negros cañones.

Pronto llegaron caravanas de ambulancias que atravesaron la Puerta Vieja, y los soldados empezaron a transportar las camillas desde ellas a los cercanos hospitales. La mayor parte de los heridos eran judíos que habían sido tan horriblemente maltratados que se podía ver solamente bultos de ropajes ensangrentados. Entre ellos pude ver un niño cuya cara, herida bárbaramente Dios sabe cómo, mostraba la piel de la nariz y de la frente levantada en tiras, dejando ver la blancura del frontal y de los huesos de las cavidades de los ojos. Jorge recibió tan fuerte impresión que tuvo que alejarlo de la ambulancia.

Ahora oíamos claramente el retumbar de los cañones. Era evidente que los árabes continuaban la destrucción de Bethpage, porque pasaban sin cesar camiones llenos de soldados, seguidos de artillería rodada. La llamada de la guarnición de Jerusalén había sembrado el pánico en la ciudad. Los judíos huían de

sus casas anunciando en gritos horribles que los asesinarían a todos. En el barrio árabe seguía la revuelta. Por fin retornamos a nuestro hotel.

Al finalizar la tarde cesó el bombardeo e inmediatamente recibimos otra nota del cónsul británico aconsejándonos esta vez que abandonáramos la ciudad. Así decidimos hacerlo y a las seis tomamos el tren que partía para Beiruth. Jorge y yo nos sentamos cerca de unos turistas franceses. Durante una hora permanecí en silencio, contemplando el monótono paisaje.

De pronto vi levantándose en el horizonte una inmensa columna de humo negro. El cielo estaba teñido de tonalidades rojas como si un pintor gigante tratara de pintar la bóveda celeste. Los turistas franceses exclamaron excitados:

—*Voilà Bethpage, elle est en feu.*

Según el tren se acercaba a la ciudad llameante nos era posible ver todo con absoluta claridad. Repentinamente paró en brusca sacudida, que arrojó a todos de sus puestos. En mi vagón todo el mundo corrió hacia las puertas, lanzando exclamaciones. Pronto salté del tren y me enteré que éste había sido detenido por una viga que había caído atravesada entre los raíles.

La mayor parte de la ciudad ardía en crepitantes hogueras, a excepción de algunos barrios que habían sido destrozados completamente por el previo bombardeo. Los árabes dinamitaron cuantos edificios pudieron, entre ellos la antigua sinagoga de Jesaba.

Junto con las imponentes volutas de humo, se levantaban espeluznantes y agónicos gritos que paralizaban a cualquiera que los oía. De pronto apareció una multitud de gentes que corría hacia nosotros y cayendo de rodillas empezaron a rogar que los lleváramos con nosotros. Me aparté de esta trágica escena. Según caminaba hacia la máquina, pasé a una mujer sentada sobre una roca. Su rostro, sin expresión, su pelo medio quemado y la mirada de horror de sus ojos me hicieron estremecer de miedo. Ella sostenía en sus brazos el cuerpo horriblemente magullado de una niña.

¡Cuántas escenas como ésta pude ver en Bethpage!

Ahora algunos edificios empezaban a derrumbarse mientras chispas y cenizas caían sobre nuestras cabezas. El camino a Jerusalén estaba atestado por multitud de judíos que comenzaban otra de sus predichas jornadas. Se veían cansados y tristes, pero resignados a su nuevo destino. Algunos, más afortunados, montaron en los camiones del Ejército británico que no estaban completamente ocupados por obuses y cañones de montaña.

Hubo que apartar a la fuerza a muchas mujeres de sus humeantes hogares para que no perecieran quemadas. Otras corrían hacia los incendiados edificios llamando con horribles gritos a «Isaack o Hannah», y solo conseguían quemarse vivas.

De súbito, diez judíos y un soldado inglés, que estaba haciendo trabajo de rescate, fueron aplastados por un cercano derrumbe. Yo vi destrozar la cabeza de uno de ellos por una viga que cayó sobre él. Reventó con ruido sordo y la sangre salpicó mis pantalones blancos.

Después una compañía de soldados que acababa de llegar empezó a reunir a los judíos en pequeños grupos. Entonces fueron embarcados con gritos de alegría en los camiones y transportados a las aldeas vecinas. La mayoría, sin embargo, permaneció estacionada y silenciosa, mirando con amargos ojos lo que quedaba de lo que alguna vez fueron sus hogares.

A la deslumbrante luz vi también mujeres. Sus rostros estaban pálidos y humedecidos por el llanto. Pronto las filas de camiones comenzaron a moverse. Después la mortal quietud que reinaba en esta desdichada ciudad fue solamente interrumpida, de vez en cuando, por los gritos de alguna pobre loca que continuaba rondando entre los escombros, buscando inútilmente a su hijo desaparecido.

La mayor parte de la gente abordó el tren, pues el conductor había estado gritando por largo tiempo: «Todos adentro». Ya habían quitado el tronco de los raíles. Entré en el tren y me senté en mi sitio. Cuando volví a mirar otra vez hacia afuera por la ventana, vi que la ciudad era solamente un uniforme grupo de ruinas humeantes.

Con brusco movimiento, el tren se movió hacia adelante. Lentamente las ardientes ruinas desaparecieron de la vista. Solo una gran columna de humo, ascendiendo con lentitud hacia el cielo, nos recordaba lo que acabábamos de ver. El convoy, saltando aquí y allá, apresuraba su marcha como si estuviera ansioso de escapar lejos de la trágica escena. Hasta el sol hundió su flamígero disco en el horizonte. El crepúsculo descendió sobre el paisaje envolviéndolo en sombras. Estaba a punto de abandonar la ventanilla cuando de repente un letrero lumínico pasó delante de mis cansados ojos.

Se leía en grandes letras iluminadas:

Bienvenido a la Tierra Santa.



Meditación de Semana Santa

—• Por Ernesto Fernández Arrondo •—



I

Solo puede educar quien sea un evangelio vivo, dijo el Maestro de «El Salvador», agregando que educar no era dar carrera para vivir sino templar el alma para la vida.

En este aforismo, como todos los que brotaron del corazón y de la mente de Don Pepe, se concreta una afirmación de altísimo rango pedagógico y moral que va dirigida rectamente al hombre, con exclusión de los medios y del plan para lograr la educación. El aforismo exige el evangelio vivo, es decir, el hombre en situación de calidad, de deber, de aptitud y suficiencia de educar, de presencia y orden evangélicos.

La esencial condición que establecía Don Pepe del hombre dedicado a educar es, como se ve, ajena a los métodos, a los planes, a los preceptos, a la pedagogía de los hombres. Si bien se sirve de la palabra evangelio, ésta de seguro fue tomada de lo que tienen de excelsas las prédicas del Redentor. Nada de alusión, de símil, de reflejo, sino contenido viviente, dinámico. Don Pepe señaló en esa forma, directa, su pensamiento, en el sentido que para aspirar a la perfección moral del hombre -que es el espíritu y la letra de las doctrinas cristianas- había que partir de un punto básico: que fuera el educador una exacta resonancia, un ejemplo, la viva encarnación de aquel ideario.

II

¿Y cómo puede ser el hombre un «evangelio vivo» sin interpretar al propio tiempo la voz del Evangelio, sin ajustar su vivir terreno a sus preceptos? ¿Cómo lograría educar el padre a su hijo, el tutor a su protegido, el maestro a sus discípulos, sin servirse de las rutas luminosas trazadas por las palabras de Cristo?

Instruir, ilustrar, enseñar, que es dar carrera para la vida, puede cualquiera, en efecto —estatuye la sentencia de Don Pepe— pero educar es «templar el alma» para la vida —añade.— «Templar el alma para la vida», esto es, hacerla surgir de la oscuridad y darle forma, unirla de verdad y de bien, hablarle a su intimidad, a su entraña más profunda, para que

sea recta, firme y pura; para que todos los hombres resulten el fiel reflejo del educador que puede ser un «evangelio vivo» solo si su conducta, sus sentimientos y pensamientos le convierten en el tipo-humano de las máximas divinas.

III

Pero no solo en la escuela recae ni a los maestros únicamente dirigió Don Pepe su célebre aforismo —porque no solo es en el aula donde se temple el alma para la vida. Fundamentalmente es en el hogar, en el seno de la familia, donde se conforma el alma, donde se «hace» moralmente al hombre, donde se le trazan las invisibles líneas de su existencia. Y como la familia, el hogar, son creaciones, instituciones del matrimonio, su asiento y raíz, ¿no aparecen los padres los principales forjadores de esas almas, los responsables de la educación (temple de ellas) que reciban? ¡Qué hermoso, entonces, qué trascendental documento resulta el instante en que tan grave amenaza pende sobre la civilización cristiana debido a que los padres en gran parte no educan en Cristo a la prole, aquella Encíclica de Su Santidad, dirigida a los prelados de la Iglesia en torno a la educación cristiana de la juventud! Más no hay que impacientarse tratándose de rutas a seguir: recuérdese que cuanto hoy llamamos «derechos sociales» los defendió primero que nadie León XIII; mucho antes que irrumpieran con ese rótulo tantas doctrinas disolventes y agrias.

IV

Precisamente, porque son duros y ásperos los tiempos; porque estamos expuestos los cubanos, el mundo, a que desaparezca la familia si continuara la creciente invasión del deleite pecaminoso y el divorcio, antítesis del matrimonio; porque olvida el hombre que su semejante es su hermano, no su enemigo; porque se invierten en frivolidades y cosas superfluas sumas con las cuales muchos tendrían abrigo y techo y comida; porque una absurda y peligrosa acepción de «mujer

moderna» y «hombre moderno» hace que aumente el número de los que no tenían «rey ni roque», es más urgente que nunca salvar en lo que podamos las próximas promociones infantiles para que las nuevas hornadas juveniles salgan en defensa del sacramento del matrimonio, en defensa de la familia. ¿Cómo esto se lograría? Educando cristianamente al niño, al adulto, recordando al humano Maestro, templándole el alma para la vida con las palabras del Maestro Divino.

ERNESTO FERNÁNDEZ ARRONDO (Güines, Habana, 1897 - La Habana, 1956). Poeta y periodista. En su juventud desempeñó modestos trabajos como empleado público y, al mismo tiempo, comenzó a cultivar la poesía. Con sus versos patrióticos obtuvo varios premios en los distintos Juegos Florales que se celebraban a lo largo del país. Su libro *Poemas del amor feliz* recibió el Premio Nacional de Poesía otorgado por el Ministerio de Educación en 1942. Durante casi veinte años, hasta su muerte, integró el equipo de periodistas del *Diario de la Marina*. Autor además de las obras *Bronces de libertad* (1923), *Inquietud* (1925) y *Hacia mí mismo* (Madrid, 1950). El presente artículo lo hemos tomado del *Diario de la Marina* Año CXVIII Nro. 83. La Habana, 8 de abril de 1950, p. 4.

